

período de la Historia que hoy vivimos.

El Continente de las equivocaciones.

Bueno es volver hacia algunas referencias originarias: Ricardo Palma, el celebrado tradicionalista peruano, sostiene que "la voz América es exclusivamente americana, y no un derivado del pronombre del piloto mayor de Indias, *Albericus Vesputio*." El argumento se basa en la afirmación de que "América o *Americ* es nombre de lugar en Nicaragua y que designa una cadena de montañas en la provincia de Chontales", y deduce y presume el tradicionalista que aunque Colón no menciona el nuevo vocablo en la *Lettera rarissima* descriptiva de su cuarto viaje, "es más que probable que verbalmente lo hubiera transmitido, él o sus compañeros, tomándolo como que el oro provenía de la región llamada América por los nicaragüenses." (*Tradiciones Peruanas*. Vol. I. "Una Carta de Indias"—Calpe.)

Empero, la teoría más aceptada hoy, como todos sabemos, es la que adjudica al cosmógrafo germano Martín Waldseemüller, profesor de la Universidad Lorenesa de St. Die, la primacía en la denominación de América en su célebre *Cosmographie Introductio* de 1507. Humboldt así lo sostiene en su *Examen Critique de l'Histoire de la Geographie du Nouveau Continent* (1837) ofreciendo detalles importantes acerca de las razones que tuvo Hylacomylus, apelativo latino del cosmógrafo, para creer, equivocadamente, que el Nuevo Mundo debía llamarse América "porque Americus lo descubrió" ("cu & Europa & Asia a mulieribus sua fortica sint nomina...")

Parece, pues, que América, que fué descubierta por equivocación cuando se buscaba un nuevo camino al Asia, fué también denominada por equivocación. Y parece que este sino de las equivocaciones, en cuanto a redescubrirla y a red denominarla —particularmente a la parte que de ella nos corresponde—, prevalece hasta hoy. Porque "América" resulta en el lenguaje universal de estos días el vocablo nominador de Norteamérica o, más expresamente, de los Estados Unidos. "Americano" es el estadounidense o el yanqui para el resto del mundo. La gran república del Norte lleva como título oficial "Estados Unidos de América." ¡Y, casi para vergüenza nuestra, o para indicio revelador de nuestro colonial complejo de inferioridad, buena parte de nuestros pueblos llaman exclusivamente "americanos" a los ciudadanos y cosas de aquel país, olvidando que nosotros somos también hijos de América, por ende americanos, tan-

to como nuestros rubios y negros "primos" del Norte!

Equivocadamente también otros han llamado "Sud-América" a la extensión que comprende el Continente desde México a la Patagonia. Pero este término, que usaron los congresistas de Tucumán en su declaración de 1816, y también Alberdi, Sarmiento y otros ilustres argentinos del siglo pasado, es anti-geográfico.

El aspecto histórico y político de la controversia

En una nota final de su interesante libro *Latin America, Its Place in the World Life* (1937), el profesor de la Universidad de Columbia Mr. Samuel Guy Inman escribe con razón: "La disputa acerca de cómo llamar al pueblo de Sudamérica cuando se hace referencia de él como un todo, es ya vieja." Y después de un detenido análisis de la "Cuestión del Nombre", en el que enfoca los términos "Hispanoamérica", "América Latina" e "Indoamérica", que usa en el tex-

to de su obra casi indistintamente, reconoce que para su país el vocablo compuesto "Latin-América" es el más usual y lógico y, sin duda, el más accesible al idioma inglés. Ciertamente, desde el punto de vista norteamericano, "Latin-América" es modo sajonizado y bastante preciso para denominarnos como nación continental, mientras nosotros no adoptemos definitivamente el nuestro. Sería forzado y retrógrado llamarnos "Spanish-América" o "Hispanic o Ibero-América", porque los dos primeros nombres excluyen a una república de la importancia del Brasil que no es "Spanish", mientras el segundo excluye a Haití que no es Ibero, porque es negra y habla francés; y sí es —por negra y por pequeña, por sufrida y por heroica sostenedora de la empresa libertadora de Bolívar— pueblo hermano nuestro.

Hay algo más, sin embargo, en el debate de las denominaciones: en estos tiempos de planes de conquista y penetración de las Internacionales europeas en nuestros países,

predominan las motivaciones políticas. Así como los portavoces del Imperialismo de los Estados Unidos son todos ardorosos "panamericanistas" y sueñan quizá con un vasto imperio americano de polo a polo, también los imperialistas y conservadores españoles son todos furibundos "hispanoamericanistas." Aún muchos que pintan de revolucionarios e izquierdistas en España no cejan en esto de llamarnos "Hispanoamérica." Por su parte el Eje fascio-racista ha encontrado en el "Hispanoamericanismo" un buen celestinaje histórico para llamarnos "su Imperio"; tal figura nuestro Continente en libretos y folletines recientes de la "Falange" y otras organizaciones reaccionarias españolas al servicio de la Internacional Negra. Y en cada uno de nuestros países los súbditos de Franco, sus agentes y propagandistas, se empeñan en "hispanoamericanizarnos" con el mismo empecinamiento con que en las tierras del equívoco "caudillo" tratan los invasores extranjeros de fascitizar al indoblegable pueblo español.

En Italia la facción romana del fascismo —a pesar de que apoya los planes imperiales de Franco como instrumento y vehículo para su soñado plan de "etiopización" del Nuevo Mundo— mantiene aún por tradición romana el término "América-Latina" para denominarnos, como es de uso también, por anhelos de expansión cultural, en Francia y por facilidad de expresión en Inglaterra. Y en Alemania, la facción nazi del fascismo, que usa tácticamente para sus ambiciones de absorción en América los cómodos vehículos de España y Portugal, nos llama "Iberoamericanos"; y éste es el nombre oficial de su famoso Instituto de Berlín, formado en torno de la gran biblioteca donada por el profesor argentino D. Ernesto Quesada.

Aunque sea curioso que también del lado de la España republicana no faltan escritores que nos "hispanoamericanicen", importa advertir que esta forma de llamarnos no es popular en la Península. Vale decir que no es del Pueblo sino de las élites y aristocracias más o menos intelectuales. El pueblo español denomina a nuestra "Patria Grande", simplemente *América* como antaño la llamaba *Indias*. Por eso *Indoamérica* tiene de hispano, que es palabra estructurada por dos formas populares españolas de distinguirnos a través de los siglos: *Indios* y *Americanos*. Al inmigrante peninsular que regresa a España —no está demás el recuerdo— llámalos el lenguaje popular castellano "indianos."

Nuestras razones en favor de Indoamérica.

No eludimos nosotros, los que preconizamos el nombre "Indoamérica", la razón política. Contraria-

Contra la necesidad

= De *El Regenerador*, tomo primero. Garnier Hncs. París =

Hojeando un día *El Espectador* de la Gran Bretaña dí con un salmo de David traducido al inglés por el austero Addison, ese maestro de escuela de sus compatriotas que tanto les enseñaba deleitándose, y tanto les corregía sin causarles enojo. Un grande hombre de nuestros tiempos, dice que para él Homero, Virgilio, Horacio no son los mayores poetas del mundo; que el primero entre todos es Job. Por donde puede verse que los dolores del alma arrebolados con el amor divino producen los conceptos más poéticos, porque tienen origen en las sensaciones más elevadas y tiernas. Job es el poeta del dolor; David el de la felicidad y la alegría, de la gratitud y el amor triunfante. Después de las lamentaciones del uno, los salmos del otro son el monumento más grandioso de la literatura sagrada. El que yo hallé en *El Espectador* había pasado por tres idiomas: hebreo, griego y latín. En inglés no suena mal la poesía de los patriarcas, sino tan bien, que parece que el rey-profeta había hablado la lengua de los pájaros. Probemos a hacerle hablar en la que, según Carlos Quinto, era buena para con Dios:

*Mi pastor es mi Dios, en El confío.
Nada me falta, si de Dios me fío.
Las posturas más suaves me señala;
con el agua más pura me regala;
la vida me conserva; su sendero,
con la mano me muestra, y voy ligero.
Al lugar más profundo yo bajara,
si mi Padre y Señor me acompañara.*

*Donde voy El está; vengo a su lado,
de báculo me sirve su cayado.
Su anhelo por mi dicha es tan activo,
que rebosando en sus riquezas vivo.
Llena el Señor mi copa siempre tiene,
y cual para un banquete me previene.
Y aunque dones mayores no imagino,
espeto el colmo del favor divino.*

Trazados con el dedo estos versos en la arena húmeda y tersa de un río, otro día fui a buscarlos. Allí estaban las palabras del profeta fácilmente legibles. Por sobre ellas había pasado un insecto inocente sin causarles el menor perjuicio; antes servía de adorno a la pieza un hilo de baba que como de plata iba serpenteando hasta perderse en la lumbre del agua. Me los puse en la memoria; y como ni noche ni mañana he dejado de repetirlos desde entonces, a ellos les debo sin duda el pan de siete años de destierro y olvido. Los que quieran estar en salvo del hambre, repitan de corazón los versos de David.

JUAN MONTALVO